

Discurso de clausura
León Trotsky
s/f. (¿Septiembre? de 1919)

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 72-78; también para las notas. Discurso de clausura en la reunión de los representantes de la dirección principal de las escuelas militares y de los cursos de mandos. s/f. Fechamos provisionalmente en septiembre de 1919.)

Gran parte de la discusión ha estado dedicada a la enumeración de los defectos administrativos y debo reconocer que el cuadro descrito es bastante triste. Parte considerable de estos defectos se explica y se justifica por la existencia de condiciones objetivas, cuya modificación en breve plazo no está en nuestras manos; sólo podremos cambiarlas cuando hayamos liquidado la guerra civil y pasemos a la economía de paz y a la edificación cultural, cuando la necesidad de cursos de mandos sea menor, como es natural. De todas maneras, entre los defectos e insuficiencias enumerados, bastante escandalosos, hay algunos que se deben totalmente a los correspondientes órganos económicos, y muy particularmente a la administración de la vivienda. Hace tiempo que para mí no era un secreto la incapacidad de nuestras autoridades en materia de locales. Hoy, en nuestras propias narices, estamos comprobando que la administración de la vivienda no ha podido organizar los cursos, y pienso que vamos a montar inmediatamente una severa inspección para verificar cómo están instalados los cursos y los estudiantes de Moscú, por qué están mal alojados, y quién es responsable de que no se hayan adoptado las medidas necesarias para instalarlos mejor dentro de las posibilidades normales. Vamos a crear aquí una comisión compuesta por representantes de la Dirección Principal de Escuelas Militares, del Comité de Defensa, de la Inspección Militar, y de la Cheka de Moscú. Aquí ha habido quejas contra la Cheka de Moscú en el sentido de que perturba los cursos, pero en realidad nos ayuda a su organización cuando pide cuentas severamente a los que no han tomado las medidas necesarias para crear las condiciones mínimas que hagan posible un trabajo normal.

En lo que concierne a los manuales encargaremos al organismo central de distribución tomar las medidas adecuadas, como ya hicimos en el caso de la academia militar. Hay que utilizar todos los manuales disponibles, bien tomando en nuestras propias manos el asunto, bien encomendándolo a la Dirección Principal de Escuelas Superiores, pero encomendándolo no en el papel sino proveyéndola de los recursos necesarios.

En lo que respecta a las raciones y el forraje, todos los problemas deben ser resueltos poniendo a Moscú, en cierto sentido, en situación de distrito fortificado. El estado del abastecimiento promete mejorarse en el conjunto del país dado que en el Volga y más allá, tras el Ural, donde Kolchak ha dominado bastante tiempo, los campesinos almacenaron trigo en abundancia y la operación triguera del otoño emprendida por el Comisariado del Pueblo para el Abastecimiento se realizó con éxito, sobrepasando todas las previsiones. Puede esperarse, por tanto, que el estado del abastecimiento mejore.

El retraso en el pago de los subsidios en dinero constituye un escándalo colosal. No es la primera vez que suscitamos esta cuestión. También aquí procede llevar a cabo una inspección para descubrir y juzgar a los responsables. No es posible soportar más ese escándalo. Es absolutamente inaguantable que el trabajo se detenga porque los cursos de Moscú no reciban a tiempo el dinero que les está destinado.

Esto es todo en lo que se refiere al aspecto administrativo, pero encargaremos a la Dirección Central de Abastecimiento controlar muy seriamente las necesidades de los cursos, en primer lugar de los cursos de Moscú, y de satisfacerlas en todo lo posible. De lo contrario es inútil convocar cursos que no pueden llevarse a cabo. Construir una carreta y no tener la cuarta rueda es lo mismo que no tener carreta.

También ha sido planteada aquí la cuestión del personal de los cursos y de los profesores, revelándose así mismo grandes carencias. La movilización transfirió a los frentes gran cantidad de personal que era necesario en los cursos. Ello estuvo determinado por la gravedad de la situación, pero de todas maneras fue un error. Ahora debemos realizar la labor inversa: buscar en el frente las personas que nos son necesarias. Hay que hacerlo en colaboración con el Estado Mayor General Panruso y con el estado mayor de los ejércitos en campaña. Se trata de buscar comandantes experimentados, que han pasado por la prueba de fuego de la guerra civil (pero en este momento no pueden asumir funciones de combate por razones de fatiga, por estar heridos o en convalecencia) y ponerlos en el puesto adecuado, haciéndoles responsables de nuestros cursos de mandos.

En cuanto a los comisarios pienso que ahora, con la colaboración del camarada Kursky (al que hemos encargado revisar el conjunto de los comisarios adscritos a los cursos) debemos seleccionar aquellos que han demostrado en la práctica estar a la altura de sus responsabilidades, y destacarlos a cursos determinados, sin pasarlos constantemente de unos cursos a otros, lo cual no sirve, en todo caso, más que de ejercicio físico.

En relación con los cursos mismos, con su composición, aquí se ha dicho justamente, me parece, que es hora ya de negar la admisión a los cursos a camaradas totalmente ignorantes de las cosas militares. Es necesario que antes hayan sido soldados rojos y adquirido una formación elemental. Ahora ha entrado en el Ejército Rojo un contingente satisfactorio de voluntarios compuesto de obreros avanzados de Moscú y Petrogrado. Entre ellos hay no pocos revolucionarios conscientes, incluso luchadores veteranos, que una vez pasado cierto tiempo en el ejército deben ser llevados a los cursos, cosa que en cambio no debe hacerse con los obreros y campesinos recientemente movilizados: éstos representan un lastre para el buen funcionamiento de los cursos.

Es indudable, también, que el programa debe ser revisado. Fue elaborado sobre la base de la vieja experiencia y de una valoración a *grosso modo* de la nueva. Ahora, además de esa valoración a bulto o, diríamos, anticipada, tenemos una valoración empírica. Y a este propósito será necesario crear (cosa que haremos en los próximos días) una comisión con participación del Estado Mayor General Panruso, de la que formen parte mandos superiores de los ejércitos en campaña y un cierto número de los mejores comandantes rojos que hayan combatido en el frente y desplegado allí, con más o menos éxito, sus capacidades. Sólo una comisión de este tipo puede establecer lo que ha dado la escuela de la guerra, lo que falta, y en qué debe concentrarse la atención.

En relación con la participación política de la Dirección Principal de Escuelas Militares hay que tener directivas directas de la Dirección Política del Consejo Militar Revolucionario. Daremos esas directivas. De entre los cuadros altamente calificados que ahora sacamos de diferentes puestos para enviarlos al Ejército Rojo, seleccionaremos una parte para trabajar en los cursos de mandos.

Las quejas a propósito de un exceso de teoría y de una insuficiencia de práctica están indudablemente justificadas. Son confirmadas por los comandantes rojos que, más de una vez, cuando llegan al frente solicitan autorización para quedar como soldados rasos, a fin de acumular una experiencia elemental antes de ocupar los puestos de mando. La cosa se explica a menudo por circunstancias de orden material, dificultades prácticas, como la falta de transporte, etc. La Dirección Central de Abastecimiento deberá rápidamente, a través de los correspondientes funcionarios y comisiones, examinar la situación de los cursos en este aspecto, de manera que la excesiva teorización no sea determinada por la carencia de los medios y materiales necesarios a las tareas prácticas. Quisiera ahora decir unas palabras sobre la duración de los estudios. Ha habido quejas, completamente justificadas, de que los cursos son demasiado breves y haría falta doblar o incluso triplicar su duración. Esto sería deseable, naturalmente, pero creo que en el marco del curso breve es posible lograr mejores resultados con una mejor utilización del

tiempo. Y para utilizar mejor el tiempo se necesitan mejores condiciones materiales y criterios más rigurosos para con el personal administrativo y profesoral, o sea, promover a los que responden bien en el trabajo, recompensarlos, mejorar en todos los aspectos su situación material, satisfacer sus necesidades, darles mayor responsabilidad, encargarles de los mejores cursos, de manera que no haya vagos ni traidores. Nosotros sabemos que los hay; al menos en los cursos del Kremlin fueron detenidos profesores que reconocieron ser agentes de Denikin. De modo que la Cheka no sólo no perturba los cursos, sino que los depura en bien de la causa. Por tanto, si consideramos atentamente el personal de mando desde el punto de vista de la energía en el trabajo, del celo que se pone en las tareas, es necesario que los que se esfuerzan y se conducen honestamente reciban determinadas satisfacciones materiales y morales. Yo apoyo plenamente la propuesta hecha aquí de elevar el sueldo de los profesores y comandantes de curso, de mejorar su situación material, pero no con un criterio igualitarista sino con cierta gradación, de manera (como ya he dicho) que los mejores sean pagados y recompensados mejor. Para ello, claro está, se necesita inspección, vigilancia y control.

Un camarada ha dicho que no es obligatorio poner a la cabeza de los cursos a un especialista. Creo que entre nosotros no existen tales cánones. Necesitamos una persona que trabaje bien. Si es un especialista el que lleva bien el curso, si lo asegura desde todos los puntos de vista, podemos dejarle, incluso sin comisario. Si el comisario trabaja bien, le damos un especialista como adjunto o incluso prescindimos por completo de este último. Es hora ya de pasar en los cursos al método de dirección unipersonal. En aquellos en que el comisario se ha revelado como hombre enérgico, como organizador, le diremos: tú serás el jefe, y si necesitas un especialista te lo daremos como ayudante. Si el comandante cumple bien con su trabajo hay que poner en sus manos todo el poder. Allí donde trabajan bien conjuntamente, complementándose el uno al otro, hay que dejar a los dos.

Aquí se ha dicho también que la composición de los alumnos no era homogénea desde el punto de vista militar. Hay exsuboficiales y hay jóvenes obreros y campesinos que nunca tuvieron en sus manos un fusil. Pero con una mejor selección del cuadro de profesores y una utilización más racional del mismo, podemos organizar el trabajo por grupos. Hay que organizar esos grupos en los cursos, y dar la posibilidad a los que estudian mejor de terminar antes, mientras que en el caso de los retrasados puede prolongarse la duración del curso. En esto debe dejarse la iniciativa al jefe de los cursos, bajo el control (bien entendido) de la Dirección Principal de Escuelas Militares. Sería absurdo, naturalmente, obligar a suboficiales del antiguo ejército, con experiencia del combate, ir a la par de jóvenes aldeanos de diez y nueve años que deben aprender el *abc* del arte militar. No hay manera, claro está, de igualarlos. En el marco de Moscú hay que hacer una distribución: poner en unos cursos a los que tienen un pasado militar y en otros a los menos preparados, dando a estos últimos un plazo mayor. También aquí hace falta iniciativa. Puede ser que unos necesiten de cinco a seis meses y otros menos. Si podemos arreglar las cosas de tal manera que una parte haga el curso en tres meses (lo cual creo realizable) es posible aceptar que los otros cursos sean prolongados. Creo que este problema habrá que reexaminarlo.

La cuestión de los frentes. Aquí no puedo estar de acuerdo enteramente con la opinión de que los cursos perjudican a los frentes. Los frentes se quejan de un material humano mal formado, no apto para determinadas formas de guerra. En el frente del este nos han estado hostigando durante toda la primavera de este año los esquiadores. Nuestros cuadros de mando no estaban preparados para ello. En el sur tenemos la caballería. En el norte una especie de guerra desfile, con grandes cantidades de artillería y enorme utilización de fuerzas y medios de ingeniería. Por consiguiente, todo frente, en nuestro caso, tiene sus particularidades, las cuales no eran conocidas en la guerra pasada, porque en esa guerra de posiciones todas las fuerzas y medios se utilizaban en todos los sectores

del frente. Ahora estamos ante una diversidad extraordinaria. En el frente norte tenemos excelentes comandantes, pero si los trasladásemos al sur se verían perdidos al principio. Ese tipo de comandante está habituado en el norte a rescatar una pulgada tras otra a los ingleses, que han emplazado gran cantidad de cañones. En el sur tenemos la guerra pequeña a gran escala. Hace falta una preparación completamente distinta.

¿Qué podíamos hacer? No podíamos hacer más que proponer a los jefes de los ejércitos y frentes coger bajo su dirección algunos cursos ya organizados e introducir en ellos las correcciones exigidas por las condiciones del frente dado. La primera experiencia fue hecha en el III Ejército, que se batía en la dirección de Perm. Se les propuso lo siguiente: los cursos seguirían siendo tales, su programa general no cambiaría, pero el ejército tenía derecho a introducir las modificaciones derivadas de las particularidades del frente. El ejército dividió a los alumnos en grupos, asignados a las divisiones, de manera que los alumnos supiesen que estaban integrados en el III Ejército, que tal grupo pertenecía a tal división, tal otro a tal otra, y los profesores iban con su grupo, de vez en cuando, a la división correspondiente. Así, los alumnos iban formándose gradualmente vinculados a su división, acostumbrándose a ella. Todos los comandantes rojos salidos de los cursos entrarían en el III Ejército, incluso en la división prevista anticipadamente. Esa era la idea. Hay que comprobar, como es lógico, qué utilización hace cada ejército de estos cursos. Si no puede aprovecharlos racionalmente se los quitaremos, con vergüenza para él, amonestándolo. La cosa es que algunos ejércitos hacen más viva esta labor, le infunden un espíritu creador. Una vez más, para la comprobación del trabajo en este terreno no se encuentra otra cosa que la inspección, llevada a cabo por la Dirección Principal de Escuelas Militares, el Estado Mayor General de Campaña, la sección política, y el Estado Mayor General Panruso. Esta comisión debe examinar el empleo que hace el ejército de los cursos que le han sido confiados. Habiéndoseles dado la orden de desarrollar los cursos, de asegurarles todo lo necesario, con las mejores raciones (porque los ejércitos y los frentes son más ricos que la retaguardia) si el ejército no lo ha hecho, si el paso del curso a depender del ejército ha repercutido en perjuicio del primero, le quitamos al ejército el curso y lo pasamos íntegramente a la Dirección Principal de Escuelas Militares.

De nuevo ha sido suscitado aquí el asunto de la brigada moscovita. Creo que debe fijarse una reunión de representantes de la dirección principal de escuelas militares con el Comité de Defensa de Moscú, y con la dirección de la división, para ponerse de acuerdo a fin de que la introducción de los cursos en una brigada especial, al mismo tiempo que su integración en la división, no afecte al trabajo normal de los cursos, lo cual requerirá indicar con precisión el marco concreto de los mismos y a quién están subordinados. Creo que mediante una reunión como ésa podrían obtenerse los resultados necesarios. Dado que las maniobras, los juegos militares, etc., están implicados en este asunto, la solución tendrá importantes consecuencias educativas. Cuando en Petrogrado, sobre la frontera finlandesa, organizamos cursos en una unidad especial, realizando ejercicios militares, la cosa tuvo buenos resultados. Los alumnos estaban satisfechos. Particularmente eficaz fue la discusión posterior del ejercicio militar, con participación de todos los cursos. Todo ello tenía gran importancia porque permitía compensar parcialmente la falta de práctica. En todo caso, la utilización de la brigada especial en el periodo preparatorio de la guerra de posiciones ante Moscú (a la cual espero que no llegaremos, en la práctica) podrá aclararse mediante un intercambio de opiniones, pero yo insisto en que no se ocasione ningún perjuicio a los estudios.

Quiero llamar de nuevo la atención de los camaradas comisarios, y de aquellos responsables de curso que no se interesan sólo por su trabajo concreto sino por la situación general del país, sobre lo que podría llamarse una broma de muy mal gusto: que los agentes de Denikin vengan a nuestros cursos. La cosa puede repetirse en el futuro inmediato, que será para nosotros un periodo difícil (en el pleno sentido del término) en

el frente sur. Más de una vez ha quedado claro que la mayoría de los oficiales de carrera no han recibido ninguna preparación política. Incluso personas muy honestas, que pueden ser excelentes trabajadores en su especialidad, al carecer de la formación política más elemental se mueven animados de un espíritu puramente pequeñoburgués. Cuando Mamontov irrumpió hacia Tambov, cada pequeñoburgués creyó que era el fin de la revolución mundial y que Mamontov arreglaría todo con unos cuantos miles de sus caballeros. Ahora, cuando la ofensiva sobre Moscú toma un cariz bastante serio, es evidente que entre una parte del personal de mando (y por consiguiente entre los profesores de los cursos) los latidos del corazón deben haberse acelerado un tanto: ¿qué saldrá de todo esto?, se dicen. ¿Cómo se comportarán con nosotros? Y como en Moscú hay algunos agentes de los blancos (verdad es que han disminuido desde el aplastamiento del Centro Nacional¹) hay la posibilidad de que el personal de mando pique en el anzuelo. Creo que la dirección política y los comisarios deben tener en cuenta no sólo los cursos sino los camaradas comandantes y los profesores, porque siendo profesores en el aspecto militar son alumnos en el aspecto político, y con frecuencia saben menos de política (dada su educación y su forma de vida) que un joven obrero de diecinueve años de Moscú o Petrogrado. De ahí que para evitarles ser clientes de la Cheka en el futuro es necesario hacerles ahora clientes de la dirección política, es decir, prestar más atención a su conciencia política y obligarles a comprender que el destino de Rusia y de la revolución mundial no será decidido por Denikin y los cosacos sino por la revolución mundial de la clase obrera.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ *Centro nacional*: organización contrarrevolucionaria orientada por los Aliados. La historia resumida de esta organización, según los materiales de la requisitoria del camarada Krilenko, es como sigue: en agosto de 1917, antes de la revolución de octubre, tuvo lugar en Moscú una reunión de personalidades bajo la presidencia de Rodzianko, la cual creó un consejo que tenía como programa a) la lucha contra el poder soviético, b) el restablecimiento de la propiedad privada, c) el reconocimiento de la monarquía constitucional como única forma de gobierno conveniente a Rusia. En marzo de 1918 se formaron, casi simultáneamente, dos centros contrarrevolucionarios en el interior de la república soviética: un centro de derecha, bajo la dirección general del exministro Krivochein y del profesor Novgorodtsev, y un centro de izquierda llamado Unión por el Renacimiento de Rusia, que agrupaba socialistas populistas, socialrevolucionarios de derecha, el grupo Edinstvo [Unidad] y mencheviques de derecha. A raíz de la escisión provocada por el problema de la paz de Brest-Litovsk, parte de los dirigentes del centro de derecha creó una nueva agrupación llamada Centro Nacional, inspirado por los Aliados. Las ofensivas de Kolchak y Denikin hicieron concebir esperanzas a todos los grupos enumerados en una próxima caída del poder soviético. Con objeto de preparar la formación del nuevo poder, en marzo-abril de 1919, fue creado el Centro Táctico, que reunía en su seno representantes del Consejo de Personalidades, del Centro Nacional y de la Unión por el Renacimiento de Rusia. Esta asociación estaba ligada con Denikin y con una organización militar en Moscú. Todas estas organizaciones fueron descubiertas en agosto de 1919, y su causa fue vista ante el tribunal supremo del Consejo Central Ejecutivo, del 16 al 20 de agosto de 1920. Comparecieron Chepkin, Leoteiev, Urusov, el profesor Kapteriev, el profesor Melgunov, V.I. Rosanov, S.A. Kotliarev, Kichkin, D. Protopopov, y muchos otros. La mayoría de los dirigentes fueron condenados a ser fusilados, pero parte de ellos fueron amnistiados después, conmutándose la pena de muerte por la de cárcel o campos de concentración con duraciones diversas.